



**Jorge LAVELLI, Argentina, 1992**

**Escritor, cuentista, poeta, ensayista, novelista y dramaturgo venezolano (1916-2001), es uno de los más brillantes representantes de la Generación del 28. Embajador Delegado permanente ante la UNESCO (1975-1979). En 1991 obtuvo el premio Príncipe de Asturias.**

El teatro es la otra manera de vivir del hombre, la otra manera de ser y de realizarse, de mirarse a sí mismo y de plantearse continuamente su conflicto. Esta es su inmensa validez y su irremplazable papel. Bastaría lanzar la más superficial mirada al mundo de los griegos para darse cuenta de lo que el teatro, eso que ellos llamaron el teatro y que no tiene que ver con lo que hoy llamamos por el mismo nombre, representaba en sus vidas. No era simplemente la posibilidad de una "catarsis" que purgara al espíritu de sus impurezas y conflictos, sino otra manera de seguir realizándose sin que apareciera una diferencia muy neta entre lo que pertenecía al teatro y lo que pertenecía a la vida.

Los grandes momentos del teatro han sido, precisamente, aquellos en que han parecido convertirse en vida real y en experiencia real. No hay que olvidar que el teatro, que desapareció en Occidente con el mundo antiguo, vuelve a aparecer mágicamente como parte del culto religioso. La misa misma no es sino una forma de drama litúrgico. Esto es lo que hace que el teatro sea intemporal y que podamos hoy, según las circunstancias, ver como cosa propia y actual el Prometeo de Esquilo, o el Hamlet de Shakespeare, o la vida es sueño de Calderón.

Hace muchos años tuve la extraordinaria experiencia de ver convertirse en vida y actualidad, en la Comedia Francesa, una escenificación de La Paz, de Aristófanes. Eran los días en que los nubarrones presagiadores de la guerra mundial se acumulaban en el horizonte, en que el fascismo levantaba su puño enguantado de hierro y en que se vivía literalmente en una indefinida víspera de horror. Por uno de esos milagros que sólo el teatro produce, las viejas palabras y la antigua escena se volvieron vida verdadera y lo que allí decían los actores lo estaba diciendo la conciencia de todos los que estábamos en esa hora inolvidable.

Es esta, precisamente, la grandeza única del teatro y su incomparable don, que ha logrado sobrevivir con toda su virtualidad, a pesar de las deformaciones y los envilecimientos que un mundo demasiado frívolo le ha impuesto.

En cada rincón del mundo, en cada momento en que un ser verdadero se enfrenta con la vida, se podría sentir que se alza el telón.